

todo esto? ¿Quién os obliga á descubrir el arcano de vuestra vida? Podíais guardároslo. Nadie os ha denunciado. No se os persigue. No se sabe vuestro paradero. Sin duda tenéis alguna razón que os mueve á ponerlos de manifiesto. Acabad. Hay más aquí de lo que aparece. ¿Por qué me habéis hecho esa revelación? ¿Qué motivo os ha inducido á ello?

—¿Qué motivo?—respondió Juan Valjean con una voz tan baja y tan sorda, que se hubiera dicho hablaba consigo mismo más bien que con Mario.— ¿Qué motivo ha obligado al presidiario á decir: soy un presidiario? Pues bien, el motivo es extraño, en efecto. Me ha inducido á ello la honradez. Mi mayor desgracia, sabedlo, es un hilo que está prendido en mi corazón y con ligadura fuertísima. Esos hilos nunca son más sólidos que cuando uno es viejo. Toda la vida se quiebra en derredor; ellos resisten. Si hubiera podido arrancar ese hilo, romperle, desatar el nudo ó cortarlo, irme lejos, muy lejos, estaba en salvo; con partir de aquí bastaba. Diligencias hay en la calle de Bouloy. Sois felices y me marchó. He tratado de romper ese hilo, tirando de él, y ha resistido y no se ha roto; me arrancaba el corazón al mismo tiempo. Entonces dije: No es posible que viva en otra parte. Necesito quedarme. Pero tenéis razón, soy un imbécil; ¿por qué no quedarme, olvidándolo todo? Me ofrecéis un cuarto en vuestra casa; la señora de Pontmercy me quiere mucho; ha dicho á ese sillón: ¡Tiéndele los brazos! Vuestro abuelo desea mi compañía, habitaremos todos bajo el mismo techo, comeremos juntos, daré el brazo á Cosette... á la señora de Pontmercy, perdón, es la costumbre... ¡La misma casa, la misma mesa, el mismo hogar, la misma chimenea en el invierno, el mismo paseo en el verano! ¡Qué deliciosa perspectiva! ¡qué feliz existencia! Viviremos en familia. ¡En familia!

Al pronunciar esta palabra, Juan Valjean tomó un aspecto feroz. Cruzó los brazos, fijó la vista en el suelo como si quisiese horadarlo, abrir á sus piés un abismo, y exclamó con voz tonante:

—¡En familia! No. No tengo familia. No pertenezco á la vuestra. No pertenezco á la familia de los hombres. Estoy de sobra en las casas donde se vive en común. Hay familias, mas no para mí. Soy el desgraciado, el espúreo. Apenas sé si he tenido padres. El día en que he casado á esa niña, todo ha concluído; la he visto dichosa, la he visto unida al hombre á quien ama y cerca de ambos á ese buen anciano; reunión de dos ángeles bajo el alegre techo de esta casa, y he dicho para mí: Tú no debes entrar. Fácil me era mentir, no cabe duda, y seguir engañándoos bajo el nombre de señor Fauchelevent. Mientras ha sido para bien de ella, he callado; pero hoy que se trata sólo de mi bien, no debía continuar en silencio. Bastaba no despegar los labios y las cosas hubieran marchado como hasta aquí. Me preguntáis quién me ha obligado á hablar. Os contesto que la conciencia. Ya conoceréis cuán fácil me era callarme. He pasado la noche esforzándome en persuadirme á hacerlo. ¡Imposible! Es tan extraordinaria mi conducta, que no me admira la sorpresa que os causa. Si, he pasado la noche buscando razones; se me han ocurrido algunas excelentes; pero no he logrado, ni romper el hilo que aprisiona mi corazón, ni imponer silencio á ese que me habla por lo bajo cuando estoy solo. Por esto he venido á descubriroslo todo, ó casi todo; pues lo que concierne únicamente á mi individuo me lo guardo. Sabéis lo esencial. Os he revelado mi secreto. El misterio que me envolvía ha dejado de serlo para vos. Bastante me ha costado decidirme; he luchado toda la noche. ¡Ah! ¿Pensáis que no he hecho la reflexión de que no se trataba de un asunto como el de

Champfmathieu; de que, ocultando mi nombre, á nadie perjudicaba; de que este nombre de Fauchelevent me autorizó á llevarle el verdadero Fauchelevent, en recompensa de un servicio, de que podía muy bien seguir usándolo y ser dichoso en el cuarto que me ofrecéis, sin molestar á nadie, con la mera idea de que, mientras vos poseáis á Cosette, yo vivía bajo el mismo techo que ella. Cada cual hubiera tenido su felicidad proporcionada. Con seguir siendo el señor Fauchelevent, todo se arreglaba. Todo, excepto mi alma. Al rededor mío, alegría; en el fondo de mi alma, tinieblas. No basta ser dichoso, es preciso estar contento. ¡Cómo había de continuar siendo el señor Fauchelevent, y esconder mi verdadero rostro, y encerrar un enigma ante vuestra inocencia, y arrastrar conmigo la sombra en medio de vuestra irradiación, y en vuestro hogar, sin daros siquiera aviso, introducir el presidio, y sentarme á vuestra mesa con el pensamiento de que, si llegabais á saber quién era, me echaríais á la calle, y permitir me sirviesen criados que, al conocerme, gritarían: ¡Qué horror! ¡Ah! ¡Cómo había de consentir en rozaros con mi codo y en hurtaros vuestros apretones de manos! En vuestra casa el respeto se hubiera dividido entre cabellos blancos, que son venerables, y cabellos blancos, que tienen impresa una mancha! ¡En vuestras horas más íntimas, en esos momentos de efusión de los corazones, estando juntos los cuatro, vuestro abuelo, vosotros dos y yo, habría allí un desconocido! ¡Y compartiendo vuestra existencia, mi único cuidado tendría que ser el que no se levantase la tapa de mi terrible pozo! ¡Yo, un muerto, me impondría á vosotros, que estáis llenos de vida! Equivaldría á condenaros conmigo. ¡Vos, Cosette y yo, habríamos sido tres cabezas con el gorro verde! ¿No os estremecéis? Así no soy sino el más infeliz de los

hombres; en el otro caso hubiera sido el más monstruoso. ¡Cometer todos los días el mismo crimen! ¡Mentir todos los días! ¡Anublar de continuo vuestra dicha! ¡Comunicaros constantemente mi afrenta! ¡Ah vosotros, mis queridos, mis inocentes hijos!... ¿Con que callar es fácil? ¿Con que guardar silencio es cosa sencilla? No, no es cosa sencilla. Hay un silencio que miente. ¡Y había de mentir, ser embustero, indigno, vil, traidor, en el salón, en la mesa, en el hogar, en todas partes, de noche, de día, mirando cara á cara á Cosette y respondiendo á la sonrisa del ángel con la sonrisa del condenado! ¿Para qué? ¡Para ser feliz! ¡Para ser feliz yo! ¿Acaso tengo ese derecho? No pertenezco al gremio de los vivientes, señor.

Juan Valjean se detuvo. Mario seguía escuchando. No puede interrumpirse tal encadenamiento de ideas y de angustias.

Juan Valjean bajó la voz de nuevo; pero no era ya la voz sorda, era la siniestra.

—Me preguntáis por qué hablo, cuando ni me denuncian, ni me persiguen. ¡Ah! ¡Estoy denunciado, sí! ¡Estoy perseguido! ¡Sí! ¿Por quién? Por mí. Yo mismo me he cerrado el paso. Yo me comunico el impulso, yo me echo los grillos, yo me ejecuto. No hay mejor carcelero que uno mismo.

Y cogiendo su levita entre las manos, continuó:

—Mirad. ¿No os parece que estas manos son capaces de retener fuertemente el cuello de esta levita, sin que haya medio de que lo suelten? ¡Pues bien! La garra de la conciencia es mucho más dura. Para ser feliz, señor, se necesita no comprender el deber; porque, una vez comprendido, es implacable. Diríase que castiga al que le comprende, cuando le recompensa poniéndole en un infierno, donde siente junto á sí á Dios. Las entrañas se desgarran; pero la paz interior viene en seguida.

Y con indecible acento, añadió:

—Señor de Pontmercy: esto no tiene sentido común; soy un hombre honrado. Degradándome á vuestros ojos, me elevo á los míos. Otra vez me ha sucedido una cosa análoga; pero aquello no fué nada en comparación. Sí, un hombre honrado. No lo sería, si por mi culpa hubieseis continuado estimándome; ahora que me despreciáis, lo soy. Tengo la fatalidad de que, no pudiendo jamás poseer sino una consideración robada, esa consideración me humilla y agobia interiormente, necesitando, para el respeto propio, el desprecio de los demás. Entonces alzo la frente. Soy un presidiario que obedece á su conciencia; caso raro, lo sé. Pero ¿qué remedio? He contraído compromisos conmigo mismo y los cumplo. Hay encuentros que nos ligan, y casualidades que nos impulsan por el camino del deber. Señor de Pontmercy, me han sucedido de esas cosas en la vida.

Juan Valjean hizo otra pausa, tragando la saliva con esfuerzo, como si sus palabras tuviesen un sabor amargo, y luego prosiguió:

—Cuando se horroriza uno de sí mismo hasta ese extremo, no tiene derecho para hacer á los demás partícipes, sin saberlo, de su horror, para comunicarles su peste, para lanzarlos en su precipicio, para cubrirlos con su casaquilla encarnada, para embarazar solapadamente con su miseria la felicidad del prójimo. Es odioso acercarse á los que están sanos y tocarlos en la sombra con la úlcera invisible. En vano Fauchelevent me prestó su nombre; no me asiste derecho para llevarlo, y aunque él haya podido dármele, yo no he podido admitirlo. Un nombre es la personalidad. Ya veis, señor, que he pensado y leído algo, siendo, como soy, un simple labriego, y veis también que sé explicarme y que me doy cuenta de las cosas. Me he proporcionado una educación á mi

manera. Sí, sustraer un nombre, y cubrirse con él, está mal hecho. Tan gran delito es robar letras del alfabeto, como robar un bolsillo ó un reloj. ¡Ser una firma falsa en carne y hueso, una llave falsa viva; entrar en casa de las personas honradas falseando la cerradura; no mirar nunca sino de través; encontrarme infame en el fondo de mi corazón! ¡No, no, no! Vale más padecer, brotar sangre, llorar, arrancarse la piel de la carne con las uñas, pasar las noches en las convulsiones de la agonía, roerse el vientre y el alma. Por eso os he contado lo que acabáis de oír. De propósito, como decís.

Respiró penosamente, y pronunció después esta última frase:

—En otro tiempo, para vivir, robé un pan; hoy para vivir no quiero robar un nombre.

—¡Para vivir!—dijo Mario.—¿Acaso necesitáis de ese nombre para vivir?

—¡Ah! yo me entiendo,—respondió Juan Valjean levantando y bajando la cabeza lentamente muchas veces seguidas.

Hubo un silencio. Los dos callaban, hundido cada cual en un abismo de pensamientos. Habíase sentado Mario junto á una mesa, y apoyaba el ángulo de la boca en uno de sus dedos doblado. Juan Valjean iba y venía. Detúvose delante de un espejo, y se quedó inmóvil. Luego, como si respondiese á un razonamiento interior, dijo, mirando aquel espejo donde no se veía:

—¡Mientras que ahora me siento aliviado!

Se puso de nuevo á andar, dirigiéndose al otro extremo del salón. En el momento de volverse, notó que Mario le miraba caminar, y le dijo con un acento indescriptible:

—Arrastro un poco la pierna. Ya comprenderéis por qué.

Volvióse del todo, y continuó:

—Y ahora, figuraos que nada he dicho, que soy el señor Fauchelevant, que vivo en vuestra casa, que soy de la familia, que tengo mi cuarto, que os acompaño á almorzar de bata, que por la tarde vamos los tres al teatro, que acompaño á la señorita de Pontmercy á las Tullerías y á la Plaza Real; en una palabra, que me creéis igual á vos; y el día menos pensado, cuando estemos juntos, mientras hablamos, mientras reímos, oís pronunciar el nombre de Juan Valjean, y veis salir de la sombra la mano espantosa de la policía que me arranca bruscamente de vuestro lado.

Callóse de nuevo; Mario se había levantado con un estremecimiento. Juan Valjean prosiguió:

—¡Qué decís!

Mario no acertó á despegar los labios.

—Veis qué razón he tenido en hablar. Sed dichosos, vivid en el cielo, sed el ángel de otro ángel y contentaos con eso, sin cuidaros del medio que un pobre condenado ha elegido para desgarrarse el pecho y cumplir con su deber. Tenéis delante de vos, señor, á un hombre miserable.

Mario cruzó lentamente el salón y, cuando estuvo junto á Juan Valjean, le tendió la mano; pero como la de éste no se alargase á cogerla, hubo de hacerlo él, y le pareció que estrechaba en la suya una mano de mármol.

—Mi abuelo tiene amigos,—dijo Mario;—yo haré que os consiga el perdón.

—Es inútil,—respondió Juan Valjean.—Se me cree muerto, y basta. Los muertos no están sometidos á la vigilancia de la policía. Se les deja podrirse tranquilamente. La muerte equivale al perdón.

Y retirando su mano de la de Mario, añadió con una especie de dignidad inexorable:

—Además de que no he de acudir á otro amigo que al cumplimiento de mi deber. No necesito más que un perdón, el de mi conciencia.

En aquel momento, la puerta se entreabrió poco á poco al extremo opuesto del salón, y se dejó ver la cabeza de Cosette. Sólo se percibía su cándido semblante; estaba admirablemente despeinada y tenía los párpados hinchados aún con el sueño. Hizo el movimiento de un pájaro que saca la cabeza fuera del nido, miró primero á su esposo, luego á Juan Valjean, y les gritó riendo:

—Apostaría á que habláis de política. ¡Qué necesidad! ¡En vez de estar conmigo!

Era una sonrisa en el fondo de una rosa. Juan Valjean se estremeció.

—Cosette,—tartamudeó Mario... y se detuvo. Parecían dos criminales.

Cosette, radiante de felicidad y de hermosura, seguía mirándolos. Había en sus ojos como emanaciones del paraíso.

—Os he cogido infraganti,—dijo Cosette.—Acabo de oír, al través de la puerta, las palabras de mi padre Fauchelevant:—La conciencia... el cumplimiento de mi deber... No cabe duda. Hablabais de política, y no quiero eso. ¡Hablar de política al día siguiente de la boda! No me parece justo.

—Te engañas, Cosette,—respondió Mario.—Hablabamos de negocios. Buscábamos el medio mejor de colocar tus seiscientos mil francos y...

—Pues si no es más que eso,—interrumpió Cosette,—aquí me tenéis. ¿Se me admite?

Y atravesando resueltamente el umbral, entró en el salón.

Llevaba puesto un gran peinador blanco de mil pliegues con mangas anchas, el cual, partiendo del cuello, le caía hasta los piés. En los cielos dorados

de los antiguos cuadros góticos hay ángeles así vestidos.

Contemplóse de piés á cabeza en un espejo de cuerpo entero, y exclamó con una explosión de éxtasis inefable:

—Había una vez un rey y una reina. ¡Oh! ¡Qué contenta estoy!

Dicho esto, saludó á Mario y á Juan Valjean.

—Ya veis,—continuó,—voy á instalarme cerca de vosotros en un sillón; dentro de media hora almorzaremos; hablaréis cuanto queráis; ya sé yo que los hombres tienen que tratar muchas cosas; seré prudente.

Mario la tomó del brazo, y le dijo con dulzura:

—Hablamos de negocios.

—A propósito,—respondió Cosette,—he abierto mi ventana, y acaba de llegar al jardín una bandada de gorriones. ¿Creísteis que iba á decir de máscaras? No, que es miércoles de Ceniza. Felizmente no hay miércoles de ceniza para los pájaros.

—Te repito que hablamos de negocios: vamos, mi querida Cosette, déjanos un instante. Son guarismos y te fastidiarías.

—¡Qué bonita corbata te has puesto hoy, Mario! Estáis guapísimo, monseñor. No me fastidiaré.

—Te aseguro que sí.

—Que no. Habláis vosotros, y me basta. Os escucharé, aunque no os comprenda. Cuando una oye las voces de las personas que ama, no necesita comprender sus palabras. Estar juntos, es todo lo que quiero, y me quedaré con vosotros, ¿por qué no?

—Amor mío, imposible.

—¿Imposible?

—Sí.

—Muy bien,—repuso la joven.—¡Os hubiera dicho tantas cosas! Por ejemplo: que el abuelo duerme aún,

que la tía se ha ido á misa, que la chimenea del cuarto de mi padre Fauchelevent echa humo, que Nicolasa ha llamado al deshollinador, que la tía Santos y Nicolasa han empezado ya á gruñir, que Nicolasa se burla de la tartamudez de la tía Santos. Pues bien, no sabréis nada. ¿Conque es imposible? También yo á mi vez, gritaré: es imposible. ¿Quién perderá en el juego? Ea, Mario, querido mío, deja que me quede con vosotros.

—Te juro que necesitamos estar solos.

—¿Acaso soy yo alguien?

Juan Valjean no pronunciaba una palabra. Cosette se volvió hacia él:

—Lo primerito que quiero, padre, es que me deis un abrazo. ¿Cómo calláis así, en vez de tomar mi partido? ¡Vaya un singular padre! Ya veis que soy muy desgraciada en mi nuevo estado. Mi marido me casca. Ea, un abrazo y un beso, pronto.

Juan Valjean se acercó.

Cosette se volvió á Mario:

—A vos esta mueca.

En seguida alargó su frente á Juan Valjean.

Juan Valjean dió un paso hacia ella.

Cosette retrocedió, exclamando:

—¡Qué pálido estáis, padre! ¿Os duele el brazo?

—Está ya bueno.

—¿Habéis dormido mal?

—No.

—¿Estáis triste?

—No.

—¡Vaya! Un beso. Si os sentís bien, si dormís mejor, si estáis contento, no os reñiré,—y le alargó de nuevo la frente.

Juan Valjean besó aquella frente, donde brillaba un celestial reflejo.

—Sonreíos ahora.